
CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

EL MATERIALISMO MODERNO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

Todos los seres creados en este mundo son regidos por cuatro grandes leyes primordiales independientemente de la acción de los flúidos imponderables. Estas cuatro leyes, que dominan toda la creación, son la fuerza ó la potencia inteligente, la fuerza vital sensitiva, la fuerza vital vegetativa, y la fuerza atractiva ó la atracción y las otras leyes físicas.

Obedece á esta última toda la materia bruta é inorgánica.

El reino vegetal está bajo el imperio inmediato de la fuerza vital vegetal.

La fuerza vital sensitiva anima á todo el reino zoológico, y preside á la vida de todos los animales, excepto el hombre.

Estas fuerzas, como causas segundas, dan á la materia inerte y pasiva el movimiento y la vida; y como lo que da el movimiento y la vida es activo, y lo activo nada tiene de comun con lo que es pasivo como la materia, se sigue que estas fuerzas vitales son independientes de la materia, ó inmateriales.

Hé aquí una prueba de observacion que establece invenciblemente esta independencia de la fuerza vital: Se sabe que un huevo no fecundado es una especie de organizacion cuando menos rudimental; en él se descubren, con el auxilio del microscopio, todos los lineamentos del ser que del mismo debe salir. Someted este huevo á la incubacion y á la influencia del calor animal, y ¿qué es lo que obtendréis? Únicamente la putrefaccion. Si, persuadidos que el flúido eléctrico es el principio vital, haceis pasar sobre este huevo una corriente eléctrica ó galvánica, en vez de sacar de él la chispa de la vida, no lograréis sino precipitar el trabajo de la fermentacion pútrida. ¿Qué le falta, pues, á este huevo? Le falta la excitacion, la fuerza vital, esta potencia plástica de la vida, sin la cual toda organizacion cae por necesidad bajo el imperio de las leyes físicas. Añadirémos que, segun el Dr. Virey, los huevos fecundados no se hielan al mismo grado de frio que los que no lo son.

Resulta, pues, de estos hechos, que puede nacer la organizacion sin poseer el principio vital, y que el calor animal y el flúido eléctrico no son la fuerza vital¹.

La existencia de estas fuerzas vital y atractiva no podemos justificarla sino por sus efectos ó manifestaciones fenomenales; su modo de accion nos es desconocido. Estas fuerzas en el rigor filosófico no deben considerarse sino como leyes secundarias emanadas de la voluntad de Dios, ó como medios de accion de la omnipotencia divina, mas accesibles y comprensibles para la debilidad de la inteligencia humana.

Finalmente aparece radiante de luz y de esplendor el rey de la creacion, el ser razonable, el hombre. Esta criatura noble, hecha á imágen de su divino Criador, es un ser doble, porque es regido por la doble potencia del alma, la facultad inteligente, y la facultad sensitiva. El hombre reune, pues, la vida intelectual y la vida material. Por su facultad inteligente el alma humana rige

¹ «La organizacion, dice el célebre Hunter, uno de los mejores anatómicos del siglo próximo pasado, nada tiene con la vida de comun: no es mas que un instrumento, una máquina improductiva hasta en mecánica, si no tiene algo que responda á un principio vital, á saber: una fuerza.» Esta es, dice el señor de Maistre, una verdad de primer orden y de la mayor evidencia.

el cerebro para el cumplimiento de las funciones intelectuales y morales, y por su facultad sensitiva preside á todo el resto del sistema nervioso, para con su accion próxima é inmediata reglar las operaciones de un orden inferior, como las funciones sensorias, la sensibilidad externa y general y el movimiento; y por su accion lejana la sensibilidad interna, electiva, orgánica, nutritiva, la irritabilidad, la contractibilidad del tejido, etc.

La facultad sensitiva del alma obra muchas veces sola é independiente de la facultad inteligente, bien sea por su accion próxima é inmediata, como cuando el hombre experimenta sensaciones, se mueve, anda, come, bebe, en una palabra, cuando ejecuta físicamente todo lo que hacen los seres privados de inteligencia, como los idiotas y los animales; bien por su accion lejana sobre las funciones orgánicas internas, como la digestion, la circulacion, la absorcion, la nutricion, etc., que se realizan en todo tiempo, hasta durante el sueño, y cuando se hallan sin accion las facultades intelectuales: mas sucede con frecuencia que el alma hace concurrir para sus fines estas dos facultades á un tiempo mismo, como cuando el hombre hace acciones que nos revelan alguna combinacion intelectual, de la cual son incapaces los seres sin inteligencia; por ejemplo, en la accion de expresar el pensamiento por escrito, ó de ejecutar un cuadro histórico, etc. En todos estos casos hay concurso necesario de las dos facultades del alma. Los miembros están puestos en movimiento por orden del principio espiritual, los órganos sirven de inteligencia, la facultad sensitiva obedece á la facultad inteligente, como al ama la criada. Esta facultad sensitiva del alma está representada en los animales por la fuerza vital sensitiva, que se llama en las escuelas *alma de las bestias*. Esta fuerza vital por su calidad sensitiva y sensoria gobierna el cerebro, y por él regla todos los fenómenos del instinto de los animales; y por su calidad puramente sensitiva preside á la sensibilidad general y externa, y á la sensibilidad interna, orgánica, nutritiva, á la irritabilidad y á la contractibilidad. Creemos que sin estos principios metafísico-fisiológicos no es posible explicar filosófica y racionalmente no solamente el hombre, pero ni aun los animales, como lo veremos en el curso de esta obra.

Si algunos médicos ó algunos fisiólogos no aprueban estos prin-

éipios, es necesario recordar que un gran número de aquellos, sobre todo los modernos, son materialistas, ó á lo menos sensualistas, y que puede ser que los que se creen espiritualistas no dejen de resentirse mas ó menos, y sin que lo sospechen ellos mismos, de la influencia materialista del siglo XVIII.

ÓRDEN JERÁRQUICO DE LA UNIVERSALIDAD DE LOS SERES TERRESTRES.

REINO MINEROLÓGICO, que crece por juxta-posicion inorgánica. Regido por la fuerza atractiva ó la atraccion y los flúidos imponderables: es la materia bruta é inorgánica, probada por la observacion.

REINO FITOLÓGICO, que crece y vive por intus-suscepcion orgánica. Regido por la fuerza vital vegetal y los flúidos imponderables: todos los vegetales, probados por la observacion.

REINO ZOOLÓGICO, que crece, vive y siente. Regido por la fuerza vital sensitiva y los flúidos imponderables. Este reino contiene todos los seres sensibles ininteligentes, no libres, imperfectibles é incapaces de suicidio. Son los animales, probados por la observacion.

NOTA. La fuerza vital sensitiva es lo que se llama en filosofía el alma de las bestias. Es inmaterial, capaz de sensaciones, y de recibir imágenes. Está sujeta á la materia, y perece con el cuerpo al que está unida, y por el cual existe únicamente.

REINO ANTROPOLÓGICO, que crece, vive, siente y piensa. Regido por la fuerza inteligente ó por la doble potencia del alma, la facultad inteligente y la facultad sensitiva, y los flúidos imponderables en cuanto á la vida física y material. Estos seres son á la vez inteligentes y sensibles, capaces de sensaciones, de ideas intelectuales, morales, abstractas, generales; de pensamiento, de juicio, de memoria, de reflexion; libres y perfectibles; capaces de suicidio: es el alma razonable é inmortal, es el hombre, cuya alma inteligente y sensitiva está probada por la observacion.

Si se quiere, se puede prolongar esta escala filosófica de los seres hasta Dios, y se hallará inmediatamente sobre el hombre otro orden de criaturas ó de sustancias inteligentes, incorpóreas, ó inmatrimales é inmortales, que son los Angeles probados por revelacion divina. Estas inteligencias sublimes tienen la plenitud del pensamiento creado y finido. Finalmente se llega á Dios, principio de todos los seres, EL SER necesario de quien dimana el pensamiento increado é infinito, manifestado por la palabra ó el Verbo eterno encarnado.

Si se nos pregunta ahora con qué derecho hemos dividido en dos reinos la

Para hacer resaltar mejor las aplicaciones de estas diversas leyes á los seres respectivos que gobiernan, consideremos un instante, ó resumamos á su estado normal é individual, el mineral, la planta, el animal y el hombre. Estos seres en su estado natural se hallan cada uno bajo el imperio inmediato de su ley ó de su fuerza respectiva. El mineral obedece á la atraccion y á las otras leyes físicas; el vegetal á la fuerza vital vegetal; el animal á la fuerza vital sensitiva, y el hombre á la fuerza inteligente, ó mas bien á las dos facultades del alma, la facultad inteligente y la sensitiva. Pero en vez de tomar el hombre adulto y fisiológico, tomémosle por un momento en el estado irracional, y pongamos un niño de dos ó tres meses ó un idiota, y á los cuales, si se quiere, puede añadirse un animal, por ejemplo, un perro (perdónesenos la singularidad de la semejanza ó de la paridad, porque no pretendemos por ella comparar el bruto con el hombre, aun el mas degradado). El idiota ha perdido la inteligencia, ó nunca la ha tenido; el niño todavía no la tiene; el perro no la tendrá jamás: en una palabra, los tres están privados de ella.

La vida animal, material, orgánica y sensitiva se cumple en estos tres individuos: son sensibles, tienen sensaciones, y físicamente gozan de robustez y están bien, aunque los tres carezcan de vida intelectual. ¿Qué es, pues, lo que anima á estos tres seres? En el niño y en el idiota el alma, por su facultad sensitiva, ó bien la fuerza vital sensitiva: por necesidad ha de ser uno de estos dos

gran série de seres, que todo el mundo ha llamado siempre el reino animal, preguntáremos á nuestra vez con qué derecho se han separado los vegetales de los animales, pues que aquellos son mas parecidos á estos, que estos lo son al hombre, como se ve por los zoófitos. Y esto es tan cierto, que ha sido preciso crear un nuevo término para designar un ser que es á un tiempo animal y planta, y es la palabra zoófito, que significa animal-planta. Siendo inmensa la distancia que separa al mono del hombre, no se ha necesitado de un nombre nuevo que designase el hombre animal, así es que no existe la palabra antropo-zoote, porque es imposible; pero la razon esencial, fundamental, proviene de un orden superior. El hombre hecho á imagen de Dios, es el único que posee un alma inmortal, la inteligencia, la razon, la libertad moral, y no reina sobre toda la creacion, ni domina sobre todo lo que respira, sino porque, como dice el Sr. Maistre, es semejante á Dios. Una distancia inmensa é infinita separa, pues, el animal del hombre, y hé aqui la grande, la principal razon de nuestra nueva clasificacion.

principios inmatrimales. Si se afirma que es la fuerza vital sensitiva sola, independientemente del alma, se seguirá que hay dos principios inmatrimales ó dos almas en el hombre; que existen dos causas inmatrimales para producir un efecto al que una sola basta, y finalmente que una de estas causas inmatrimales, á saber, la fuerza vital sensitiva, será destruida á la muerte del individuo. Todo esto es opuesto á la sabiduría del Criador, y repugna á la razon, porque en filosofia no se admite el *mas* cuando lo *menos* basta para explicar los fenómenos. Es forzoso, pues, el admitir que el alma por su facultad sensitiva anima y vivifica físicamente estos dos seres humanos. Por lo que hace al perro, como está absolutamente en la misma condicion material, orgánica y sensitiva que los otros dos seres ó sujetos, y que no es posible que tenga como ellos un alma inmortal, es de necesidad que esté animado por la fuerza vital sensitiva, como lo hemos dicho, que se llama en filosofia el *alma de las bestias*.

Añadirémos que todo ser inteligente es sensible, pero que todo ser sensible no es necesaria y actualmente inteligente, como lo prueban los sujetos en la especie, que aunque ininteligentes, sienten y experimentan sensaciones; sin exceptuar el niño, quien ciertamente da menos señas de inteligencia que un perro medianamente *instruido*. Los cartesianos deberán no echar en olvido estas reflexiones, cuando hablaremos del alma de las bestias.

Aun cuando esta nueva teoría de las propiedades vitales nos parezca racional y á propósito para obtener el asentimiento de los filósofos espiritualistas, no la creemos sin embargo al abrigo de todos los ataques; porque en tal materia ¿cuál es la doctrina que pueda librarse absolutamente de la crítica? Así nos ha reconvenido un crítico porque hacíamos depender del alma humana todas las propiedades vitales; y en efecto toda nuestra teoría se apoya en este fundamento sólido, porque por este principio inmortal é inteligente y sensible (el alma) se explica perfectamente toda la economía de las leyes vitales de la fisiología, y al propio tiempo se está maravillosamente de acuerdo con los intereses del Espiritualismo, es decir, con la filosofia cristiana. Por lo demás le es imposible al filósofo y al fisiólogo el mas escéptico el negar la doble facultad del alma humana. El alma es inteligente y sensible;

esta es una verdad de experiencia y de puro sentido comun; diríamos aun que es una verdad de fe religiosa, si á ejemplo de nuestro crítico, quien, aunque médico, cita en apoyo de su opinion las palabras de la Escritura, quisiésemos invocar las verdades de otro orden de cosas, y decir que en la otra vida experimentará el alma criminal la pena del *sentido*, es decir la sensible, por la cual padecerá en su facultad sensitiva, y la pena de daño, ó la pena moral é intelectual, por la cual será afectada en su facultad inteligente.

Tal vez se nos objetará aun (en favor de la fuerza vital, ó del principio vital, aparte de la acción ó de la influencia del alma) que alguna vez se ha observado cierto movimiento de nutrición orgánica manifestado por la crecida de la barba despues de la muerte; mas esto no es mas que un débil resto del movimiento molecular, que no prueba mas la vida real de lo que lo probaria la irritabilidad ó la contractibilidad muscular que se nota por la potencia del galvanismo en todos los cadáveres: por otra parte en estos casos muy raros de crecer el pelo de la barba, ¿era la muerte real y efectiva? Aun advirtiendo esta realidad, puede sostenerse todavía que este fenómeno no es sino un puro efecto de la imbibición cadavérica, de la porosidad, ó de la atracción capilar.

Sobre todo si nuestra teoría no es una traduccion fiel del hecho real, tampoco es absurda; nadie podrá probar que sea falsa ó imposible; á lo menos está fundada en la unidad, en el sentido que un solo principio inmaterial, de facultad doble, explica todos los fenómenos vitales, tanto físicos como morales; y se halla establecida sobre la certeza invencible que todos estos fenómenos cesan indudablemente así que este principio inmaterial é inmortal, es decir el alma, se separa del cuerpo. Todo está, pues, en último análisis subordinado al alma; la inteligencia, las facultades y hasta el principio y fuerza vital, pues que con ella desaparece todo; entonces ¿por qué no hacerlo todo dimanar del alma?

Toda nuestra teoría queda resumida á esta célebre palabra de san Agustín: «El alma es la vida del cuerpo, y Dios es la vida del alma: *Vivit enim corpus meum de anima mea, et vivit anima mea de te.*»

Acabábamos este trabajo cuando hemos conocido el *Materialis-*

mo frenológico por Moreau, 1843. En él hemos leído estos pasajes muy notables, que vienen perfectamente en apoyo de nuestra teoría psicológica, cuyos principios publicamos en 1839: «La única psicología verdadera, la del Cristianismo, hace del alma el «principio vital del cuerpo, principio motor y director que le «llena, le contiene, le mueve y le gobierna, como inteligencia, «como verbo mental, ocupando un sitio distinto y eminente, como fuerza viva, todo entero y por todo derramado, y entero «igualmente en cada parte: así el alma es al cuerpo, como Dios «es á la creación, excepto la distancia inmensa que existe de lo «finito á lo infinito... En cuanto á la realidad y á la universalidad de la acción del alma sobre el cuerpo, la antigua hipótesis, «la hipótesis de la escuela profesada por santo Tomás, y mucho «tiempo antes por san Agustín y por la mayor parte de los Padres de la Iglesia; esta hipótesis que no es contraria á la razón «ni al sentido íntimo, nos parece á mas en perfecto acuerdo con «la revelación, que nos representa el espíritu, el agente espiritual, «como el principio de la *vivificación general* del cuerpo ya formado, *spiraculum vitae*, y con el dogma de la *resurrección de la carne*; «no mirando la doctrina cristiana á la persona humana como completa en caso de ausencia de una de las dos sustancias que la constituyen. Y como vemos que á la partida del huésped invisible, el «cuerpo se descompone, cesan sus funciones, sus lazos se disuelven, sus elementos se disipan y se desprenden, estamos naturalmente autorizados para creer en la influencia dueña y soberana «de aquel de los dos agentes, cuya desaparición produce una tal «ruina, cuando sobre todo, al momento de la separación, no presenta la economía sino condiciones de vida y de duración; y se «puede creer aun mucho mas, cuando á la inversa se ve en un cuerpo enfermo, extenuado, casi destruido, que la vida sobrevive, «por decirlo así, al cuerpo, y que la energía espiritual retiene en la «unidad los órganos que tienden con todo el poder que les deja su «debilidad á una disolución completa: lo que sucede con frecuencia en los hombres de meditación y de oración, en quienes ha sabido el espíritu reducir literalmente á servitud el cuerpo, y según la ley primitiva restablecer entre uno y otro estas relaciones «de autoridad y dependencia, trastornadas é invertidas por el pe-

«cado.» Bossuet miraba también el alma como principio de la vivificación general del hombre; así se lee en su *Tratado del conocimiento de Dios y de si mismo*.

El hombre es, pues, un compuesto de dos sustancias: una esencialmente espiritual, inteligente, activa, capaz de pensamiento, de sentimiento, de voluntad, y de libertad moral que se llama comúnmente alma ó espíritu; y la otra que de su naturaleza es material, incapaz de pensamiento y de sentimiento, y que se llama cuerpo.

Esta última no es mas que la materia organizada, y no puede recibir el movimiento y la vida sino de un poder inmaterial, es decir, de la facultad sensitiva del alma: esta parte grosera de nosotros mismos, resultado de partículas divisibles, está por lo mismo sujeta á alteraciones, á cambios, y finalmente á una disolución completa.

No sucede lo mismo con esta otra parte que constituye nuestro ser, con esta alma viva que, según la Escritura, es el soplo del espíritu divino. Simple como el Ser de quien deriva, no tiene en sí ningún principio de destrucción, ni podría ser anonadada sino por la voluntad omnipotente del Criador: el alma sigue viviendo siempre aun después de destruido el cuerpo por la muerte; el lazo que los unía se ha roto, pero nada pierde por eso de lo que tenía antes de esta destrucción orgánica, antes queda mas libre: desprendida de la materia que la envolvía, y hecha independiente de la organización, se engrandecen sus facultades, se dilatan, y se ejercen en adelante sin obstáculo y en toda su plenitud.

Así, esta hija del cielo, si no ha degenerado acá bajo de su divino origen, no encuentra en la muerte ó en la ruina del cuerpo sino el principio de la verdadera vida: libre de los lazos que la sujetaban á los objetos corpóreos, se lanza y eleva á las regiones de las inteligencias, para gozar allí sin interrupción ni fin, en la sociedad inmortal de los espíritus, de la felicidad eterna.

Hé aquí una de estas verdades fundamentales consignadas en los Libros santos, y conservadas en todos los pueblos por la tradición universal. La razón viene en apoyo de la autoridad para establecer y consagrar invenciblemente este dogma consolador. Todos los filósofos dignos de este nombre con una voz unánime,

desde Platon y Aristóteles hasta Leibnitz y Bonald, le han proclamado. Todos sabemos la bella definicion que dió del hombre el último de aquellos: *Una inteligencia servida por los órganos.*

¿Por qué este dogma tan dulce como evidente, verdadero cordial del alma en las miserias de esta vida, ha tenido como los demás contradictores y enemigos? ¡Ah! los fastos de la historia no nos permiten dudarlo. Siempre ha habido sofistas que se han hecho una triste gloria de combatir las creencias mas generalmente recibidas; pero es preciso confesarlo en vergüenza de nuestra época, nunca fueron tantos como en nuestros dias los partidarios del Materialismo, de esta doctrina monstruosa que señala á la inteligencia humana como el resultado de las funciones de los órganos: es, pues, el Materialismo este sistema insensato de los que desechan el alma humana, ó que niegan cuando menos la sencillez y la inmortalidad de esta sustancia inteligente y espiritual, de este principio que en nosotros siente, piensa y juzga; pretendiendo que estas operaciones diversas é intelectuales que no pueden negar, son resultado del organismo, es decir, de la accion del sistema cerebral.

Y el Materialismo ¿no es por ventura en sus consecuencias esta corrupcion moral, este desórden social que hiere todos los espíritus, alarma profundamente á los buenos, y prepara á la sociedad el mas espantoso porvenir? Este mal deplorable se disfraza y reviste de todas las formas, toma todos los lenguajes, se nutre de todas las pasiones; sube al trono con los reyes, entra en el gobierno de todos los Estados, en la administracion de los negocios públicos; se sienta en las asambleas legislativas para pervertir las leyes desde su origen, se sienta con los jueces en el tribunal para corromper sus intereses; con su soplo pestilencial y helado envenena las doctrinas de la instruccion pública, y finalmente zapa y destruye la sociedad en sus cimientos, ahogando en la familia el germen de todas las verdades y de todas las virtudes. ¡Cómo, pues, un sistema tan degradante para el hombre como funesto á la sociedad puede conciliar en nuestros filósofos materialistas este deseo tan activo de pasar por espíritus sublimes, por genios superiores, con estos sentimientos de bajeza que les llevan á bajarse hasta al nivel del bruto! Aun cuando estas teorías no menos falsas que

abyectas descansaran sobre pruebas suficientes á contrapesar los argumentos invencibles de los espiritualistas, ¿cómo no adoptan el principio que conviene á la dignidad del hombre, que ennoblece su especie, que le asocia á las inteligencias celestiales, y le hace en algun modo partícipe de la naturaleza divina?

Tal vez no seria imposible el explicar este misterio de envilecimiento. La inmortalidad del alma y la vida futura son consecuencias evidentes del Espiritualismo; pero si hay otra vida de la cual esta no es sino la vida de la fe y de las pruebas, siendo Dios soberanamente sábio y justo, debe tener reservado en este mundo venidero castigos terribles para los infractores de su ley: esta idea no puede menos de fatigar y trastornar en sus viles goces al que quiere vivir sin temor y sin regla alguna. ¿Qué es lo que hace para libertarse de su remordimiento importuno? Busca persuadirse que el hombre está encerrado en sus órganos, que muere con el cuerpo, que su muerte en nada difiere de la de la bestia, y entre tanto vive como si jamás debiese morir, y morirá como si no debiese jamás vivir.

«¿De dónde viene, pues, dice el Sr. Frayssinous, la obstinacion de los materialistas en defender la materialidad del alma? «¿para concluir que es mortal, que acaba con el cuerpo, que no «hay nada que esperar ni que temer mas allá de los sepulcros? «Bien, yo quiero por un momento que pudiese realizarse el pensamiento inconsiderado é imprudente de Locke, que fuese posible «que por la omnipotencia de Dios llegara la materia á poder pensar; ¿tendrian por esto de qué asegurarse contra el porvenir? «No; tomemos el pensamiento de Locke enteramente. Establece «él mismo, que no es posible concebir que la materia pueda sacar el sentimiento de su seno, ni la percepcion, ni el conocimiento; pero tambien por un falso respeto á la omnipotencia divina, no se atreve á pronunciar que Dios no puede hacer pensar á la materia. Mas si, como Locke lo quiere, Dios es tal vez «tan poderoso para hacer pensante á la materia, hacer de ella un «ser inteligente, libre, capaz de bien y de mal, de mérito y de demérito, ¿por qué no seria Dios bastante poderoso para conservar «de algun modo este ser material, transportarle á otro orden de «cosas, y hacerle en él capaz por el sentimiento de recibir recom-

«pensas y castigos? Esta reflexion ha sido hecha por metafísicos célebres, entre otros por Carlos Bonnet. Por los mismos escritos de Locke, por su vida y por sus últimos momentos se sabe que creía en la inmortalidad del alma; y hé aquí, pues, que en su misma hipótesis, el incrédulo no estaria cierto de esta nada á la que aspira, y que como dice Bossuet, no le seria asegurada esta parte miserable¹.»

El lazo que une el alma con el cuerpo, la dependencia recíproca de estas dos sustancias, para sus funciones respectivas, el modo de accion y de reaccion alternativa de una sobre otra, es el secreto del Criador, el misterio impenetrable para el espíritu humano. ¿Cómo no se despedazaria contra estos escollos la orgullosa razon del libertino!

Por otra parte, despues de su degradacion, el hombre sujeto á sus sentidos, se acostumbra á no juzgar sino por ellos: creciendo el embrutecimiento del espíritu en razon directa con la depravacion del corazon, se llega á no creer sino lo que se ve y se palpa; y para hombres hasta cierto punto embrutecidos, lo que sobrepuja á sus sentidos ya no es nada, pues que lo tratan de pura abstraccion: negarian hasta su mismo pensamiento si lo tuvieran menos presente; y no pudiéndolo negar enteramente, lo anonadan tanto como pueden, haciendo de él un resultado de la organizacion, y materializándolo.

Segun nuestros doctores materialistas, el hombre no es más que un simple agregado de moléculas, una masa organizada para sentir, pensar y gozar; no es el mas inteligente de todos los animales, sino porque está mejor organizado: así que no debe sorprendernos este menosprecio brutal y feroz de la vida humana, de esta fanática y vergonzosa sujecion á la preocupacion y al ídolo del falso honor, quiero decir del furor insensato del desafio ó duelo, de este bárbaro frenesí que coloca, como dice Rousseau, todas las virtudes en la punta de una espada, y que no sirve sino para hacer valientes malvados: y de ahí esta manía epidémica siempre en aumento, estremecimiento de la sociedad, crimen execrable é irremisible, porque no cabe arrepentimiento, ¡el horrendo suicidio!

¿Qué harán nuestros sábios materialistas de la sustancia inte-

¹ Conferencias sobre la Religion, tomo III, pág. 208.

ligente? Sustrayéndose á sus investigaciones anatómicas, no está sometida á la accion del escalpelo; luego no existe. ¡Así racionan estos lógicos insensatos! Cuando en su horror para todo principio espiritual se hacen de este modo, segun la expresion de Protágoras, *el límite y la medida del universo*, no conocen que les falta un sentido, y este sentido de que están privados no es sino el sentido comun ó el buen sentido, verdadera luz de las inteligencias que alumbra á los hombres que no se ciegan voluntariamente. Estos genios sublimes que no quieren creer mas que lo que es visible y tangible, ¿no creen con el vulgo en los fenómenos de la vida? Que nos digan, pues, qué es el principio vital. Si por acaso se ponen á racionar, podrán muy bien, al ejemplo de ciertos sofistas griegos, probar á los hombres que no existen.

¿Es preciso limitarse á entregar al ridículo tan extraña sinrazon? ¿no habria remedio para esta enfermedad epidémica de los espíritus, que va creciendo siempre y en especial en ciertas clases de la sociedad? ¿No se podria cuando menos prevenir de los peligros del contagio á algunos jóvenes obligados á ir á respirar el aire demasiado generalmente corrompido de nuestras escuelas de medicina? Nos atrevemos á esperarlo.